

# GEORGIA Y EL MUSEO DE STALIN

La frontera de Turquía con Georgia supone entrar en el Salvaje Este. El país es para mí el territorio de la perfecta indefinición: ni Oriente ni Occidente. En tiempos griegos era la Colquis, famosa por el relato del Jasón y sus argonautas en busca del Vello de Oro.

texto y fotos MIQUEL SILVESTRE





**E**n el siglo XVIII los rusos se aprestaron a defender Georgia de los persas, lo que supuso su anexión al Imperio del Zar. Tras la Revolución Bolchevique, Georgia vivió un corto sueño de independencia democrática de 1918 a 1921, año en la que fue invadida por el Ejército Rojo e incorporada a la Unión Soviética.

Tras el colapso de la URSS, declaró su independencia en 1991, pero la intervención pro-rusa provocó una guerra civil que duró hasta 1995 con episodios de limpieza étnica de georgianos en Abjasia y Osetia del Sur. Rusia bombardeó Tiflis todavía en 2008 y el fuego de artillería solo cesó con la visita sorpresa a la capital Georgiana de Nicolás Sarkozy, único personaje de relieve internacional que tuvo cojones para hacer algo real ante la pasividad del mundo entero.

Kapucinski observó en su libro sobre la antigua URSS, *El Imperio*, que los habitantes del Cáucaso tienen en la mente archivado un mapa muy distinto al que veríamos al examinar la cartografía clásica, completamente diferente al que nos ofrece Google Maps. Es el mapa de la supervivencia, el de los amigos y los enemigos. Esta carta náutica advierte al caucasiense de donde vive cada miembro de su tribu o clan, y de donde viven los que pertenecen al contrario. "Ojo, que en esta casa vive un osetio, aquel es un pueblo abjasio, ese sendero lo controlan los chechenos." El Cáucaso es un mosaico de clanes, grupos, tribus, familias, y este fragmentado universo étnico solo lo entienden los que forman parte de él.

Para el gran observador polaco eso era debido a que la región del Cáucaso es muy remota, inaccesible, montañosa y escarpada. Y a que está rodeada de países primitivos y feroces: Irán, Rusia y Turquía. "El contacto con el pensamiento liberal y democrático de Occidente era imposible".

#### EL MONASTERIO

Encuentro una enorme cruz cristiana que vigila el mar Negro. Georgia es un pequeño país ortodoxo rodeado de vecinos musulmanes. Salvo Armenia, que también es cristiano, aunque de una rama oriental diferente. Los georgianos son ortodoxos y a pesar del cristianismo común, miran con mucho recelo a sus vecinos, católicos apostólicos armenios (no confundir con nosotros, los católicos apostólicos romanos, de rito muy diferente).

Las carreteras georgianas son estrechas, bacheadas, están



llenas de camiones y las vacas las cruzan libremente. Me detengo en el monasterio ortodoxo de Ubisa. Del siglo IX, está construido en piedra. Permanece abierto y nadie guarda la entrada. Hay una mesa con cruces, medallas, estampas y una alcancía para dejar voluntariamente el dinero por el valor de estos objetos que comprenden los peregrinos. Nadie teme que roben.

Penetro en el templo y me sobrecoge su silencio. Encuentro un ambiente tranquilo, oscuro, severo pero pacífico. Es como regresar mil años en el tiempo. El cristianismo en Georgia arraigó en el siglo IV. El comunismo intentó anularlo, convertir las iglesias en establos, arrebatarlo a la gente. Pero no ha podido a pesar de su furia antirreligiosa. La Fe ha regresado como si no se hubiera ido nunca. Aunque lo que sí se ha ido es el arte sacro, profanado y destruido por los comunistas.

Observo los retablos ortodoxos del templo, con santos y el Cristo pintados de hierático color oro. A Kapucinsky le admiraron estos iconos georgianos, por encima incluso de los rusos. Señala que su originalidad consiste en la conjunción de pintura y metal, y que solo se pintasen las caras. Los mejores, afirma, se crearon entre los siglos VIII y XIII.

Pero se han perdido a millones. Solo en Rusia se estima destruidos más de veinte millones de iconos. Se usaron como dianas en los campos de tiro del Ejército Rojo, como material para hacer cajas de patatas, para quemarlos como barato combustible en estufas.

La débil luz proviene de unos cirios que llevan siglos chorreando la cera que ha creado rugosas crestas en el suelo y en las bandejas y pies de las candelabros de bronce según la cera nueva cubre la cera antigua. No se oye nada salvo mis pisadas y la respiración de alguien que debo ser yo. Inhalo un misticismo imposible de esquivar, este aire de santidad se mete en los pulmones, en los ojos, en el alma. Acongoja pero también reconforta.

**Kapucinski observó en su libro sobre la antigua URSS, *El Imperio*, que los habitantes del Cáucaso tienen en la mente archivado un mapa muy distinto al que veríamos al examinar la cartografía clásica, completamente diferente al que nos ofrece Google Maps.**



“Las carreteras georgianas son estrechas, bacheadas, están llenas de camiones y las vacas las cruzan libremente. Me detengo en el monasterio ortodoxo de Ubisa. Del siglo IX, está construido en piedra.

#### AÑORANDO A STALIN

Llego a la ciudad de Gori. Atravieso los barrios periféricos. Colmenas grises de infraviviendas, muros desconchados, pobre ropa tendida, esqueletos oxidados de coches, pandillas de jóvenes de cabeza rapada, hombres en camiseta de tirantes, botellas de vodka. La calle principal se llama de Stalin y lleva a una gran plaza, también llamada de Stalin. Hay un supermercado con un inmenso rostro de Josif Stalin pintado en su escaparate. Stalin nació en Gori y era georgiano. Aquí le siguen considerando una especie de hijo predilecto.

En un extremo de la plaza se encuentra el museo de Stalin. Doy una vuelta a su casa natal, humilde morada de madera y extrema pobreza que conservó para el recuerdo de las generaciones venideras. Todas las demás viviendas del barrio fueron demolidas y en el solar se erigió un palacio, que hoy es sede del museo. Mantuvo su hogar infantil tal como era, pero construyó sobre él una cubierta de mármol sostenida con columnas jónicas para protegerlo. Su hogar familiar sería el símbolo visible de lo humilde de su verdadero origen.

De piedra y mármol, la entrada al museo es señorial y lo primero que encontramos es una tienda de *merchandising* de Stalin: camisetas, tazas, mecheros, chapas. Para ver la exposición hay que subir unas dobles escalinatas de mármol blanco. En el rellano del primer piso encontramos una gran escultura del mismo mármol reluciente con un Stalin sereno y lleno de autoridad. Subiendo un poco más aparece un magnífico retrato al óleo de cuerpo entero que nos muestra un afable Stalin vestido de uniforme militar verde oliva, comandante supremo del Ejército Rojo que ayudó a crear, y luego a purgar.

Aquí sigue vivo el principio del culto que los soviéticos instauraron sobre el alma religiosa de los pueblos eslavos. Roy Medvejev, autor de una biografía crítica de Stalin,

“En un extremo de la plaza se encuentra el museo de Stalin. Doy una vuelta a su casa natal, humilde morada de madera y extrema pobreza que conservó para el recuerdo de las generaciones venideras.

afirma que en las primeras décadas del siglo XX, entre los marxistas existía una tendencia “divinizadora”, tendente a crear, sobre la base del marxismo leninismo, una religión proletaria pero sin Dios. Un Dios omnipotente y omnisciente, gracias a las delaciones, al espionaje y al control social absoluto. Evidentemente, como bien señala Kapu-



cinski en *El Imperio*, ese credo lo asumió Stalin, colocándose él mismo en el papel del más terrible y temible Dios. Y este museo es sin duda el último templo vivo consagrado a su culto.

El recorrido muestra imágenes, trajes y mobiliario de Stalin. Los regalos que le hacían otros gobernantes, los objetos personales que usaba. Su rostro se repite en decenas de fotografías. Es el retrato de un héroe que se fugó cinco veces de las prisiones en que lo encerraron. Stalin paseando con su madre, Stalin de joven revolucionario, Stalin reunido con Churchill en Yalta, incluso Stalin con Trotski, a quien hizo desaparecer en el resto de fotografías, además de físicamente gracias al asesino español Ramón Mercader, que armado de un piolet lo desalmó en México y pasó por ello décadas en la cárcel sin abrir la





boca. Hoy Mercader está enterrado en Moscú, en un cementerio de héroes de la Unión Soviética.

Las empleadas del museo son antipáticas y secas. Lo único que consigo sacarle a una es que “Stalin fue un héroe. Hizo muchas cosas buenas, especialmente por Gori”. Aquí no hay asomo de crítica o censura. Aquí no ha habido perestroika, ni revisión histórica, ni caída del Muro, ni paz, piedad y perdón. Esto es droga dura y se mantiene inalterada desde los tiempos oscuros de la época de las purgas, las deportaciones y el GULAG. Sería impensable semejante museo en Austria por Hitler. ¿Cuál es la diferencia? ¿Acaso que Stalin ganó la guerra y Hitler la perdió? ¿Qué Hitler fue genocida y Stalin “solo” un asesino de masas?

Stalin, hijo único y cruelmente maltratado por un padre alcohólico, gobernó la Unión Soviética con mano de hierro desde 1929 hasta su muerte en 1953. Apudado por Lenin a un cargo político aparentemente hueco, fue maniobrando hasta hacerse con el poder absoluto. Lo usó como un depredador despiadado en busca de su supervivencia a toda costa. Deportó pueblos enteros y purgó a cualquiera del que sospechara desafección.

Durante años la propaganda anticomunista le imputó entre cuarenta y sesenta millones de muertos. Se ha demostrado que tales cifras eran falsas. Lo verdaderamente grave de la exageración es que parece hacer menos grave el dato contrastado según los propios archivos soviéticos. Un millón cuatrocientos mil rusos murieron condenados por actividades antirrevolucionarias. Eso es sin contar a los campesinos deportados y los soldados muertos en el frente en campañas bélicas suicidas o ejecutados por deserción o derrotismo. Lo realmente terrible es que la inflación de estas cifras nos haga sentir menos horror ante un millón de muertos que ante cuarenta.

Lo peor de las reflexiones que me suscita este atroz museo no es que no haya en él nada que censure al dictador y su fría crueldad, sino la consciencia de que debido al fenómeno del llamado *kilómetro emocional* nos sentimos igualmente fríos ante la muerte de un millón de desconocidos que ante cuarenta millones. Por pura cercanía afectará más a muchas personas ver morir a un perro llamado Excalibur que enterarse de que en el otro confín del planeta están siendo asesinadas millones de

**“ Lo peor de las reflexiones que me suscita este atroz museo no es que no haya en él nada que censure al dictador y su fría crueldad, sino la consciencia de que debido al fenómeno del llamado *kilómetro emocional* nos sentimos igualmente fríos ante la muerte de un millón de desconocidos que ante cuarenta millones.**

personas. Este no considerar cercanos a quienes no conocemos, puede derivar en la patología social de no reconocer como iguales a los que conocemos mal. Estimulando ese defecto moral es como los totalitarismos han logrado convencer a panaderos, mecánicos o abogados perfectamente razonables de que debían ser verdugos de sus vecinos por ser judíos, contrarrevolucionarios o comunistas. Así es como se han creado los Stalin, Hitler o Pol Pot.

La exposición incluye el vagón de tren personal del dictador con sus aposentos personales, sobriamente principescos. Paseando por el interior, observando los delicados cueros y maderas con los que se regalaba Stalin, pienso en que hay algo en todo este sencillo lujo que me recuerda a Graceland, la mansión de Elvis Presley en Memphis. Él también tenía su propio y particular modo de transporte, aunque en su caso era un avión a reacción llamado Liza Marie con las hebillas de los cinturones de seguridad hechas de oro macizo. Con dos cojones. Le comento a la guía georgiana este paralelismo y adopta expresión de no entender a qué carajo me puedo estar refiriendo al comparar al camarada Stalin con un rockero americano, aunque el hecho cierto es que al menos sí sabe quién fue Elvis Presley.

Algo es algo. No todo está perdido en Gori. ■

